

FRANÇOIS MAURIAC - Premio Nobel

Paulette Rachou

El premio otorgado el año pasado al François Mauriac por la Academia de Suecia vino a confirmar el éxito alcanzado por este insigne escritor en su múltiple carrera literaria. Si bien basta nombrarlo para que inmediatamente se piense en sus novelas, no debemos olvidar que, como otros escritores, se inició en la obra poética y que los ensayos y el teatro también han sido objeto de su esfuerzo.

Como todo escritor —y antes, como todo hombre—, François Mauriac es fruto de una época y de un país y es en relación con ese tiempo y ese espacio que debemos mirarlo si es que queremos comprender algo, aunque más no sea, de todo el contenido volcado en sus obras.

Eminentemente francés —basta un retrato para saberlo— ha sabido mostrar al desnudo toda la trastienda angustiosamente humana que se esconde en las gentes vulgares que desfilan cada día por las calles y los caminos de su ciudad natal: Burdeos.

Pero esto que pudo ser el tema de cualquier novelista del siglo pasado —amante del naturalismo y del psicologismo—, en este escritor —auténticamente católico— el ambiente y los hombres están vistos con ojos de sobrenaturalidad. Es que Mauriac, para dicha suya y para honra de las letras francesas y universales, pertenece al grupo —cada día más numeroso— de los que han comprendido que la vida es la prolongación de la Fe y que en el trabajo cotidiano saben poner en práctica las palabras del salmista: *Credidi, propter quod locutus sum*. Cree y habla y por eso su palabra es palabra de Fe, de Esperanza y de Caridad. Son muchos, sin embargo, los que no ven estas virtudes proyectadas en sus obras.

Con el conocimiento del Dogma aumenta la capacidad de conocer el hombre. Lo que para otros no pasa de ser una "incógnita", para el católico no es tal porque sabe de dónde viene y a dónde va. Sabe, además, que existe o existió en él un pecado original causa de desorden y de lucha y por sobre todo sabe que existe un orden superior al hombre pero no separado de él y es ese mundo sobrenatural que Mauriac concretiza en sus obras. Esto es y así se autodefine: "soy un metafísico que trabaja con lo concreto. Gracias a cierto don de atmósfera procuro tornar sensible, tangible, olfativo el universo católico del mal. Ese pecado del que los teólogos dan una idea abstracta yo lo hago encarnarse." (*Diario*, tomo II).

Presentar el pecado, los pecados es, en algunos casos, obra pornográfica. En él es obra ejemplar para quien esté dispuesto a pensar; pero en ningún caso es obra que pueda conducir a la "delectación morosa". Pero va más lejos. Es tal la fuerza con que los pinta y lo hace con tal repulsión que obtiene el rechazo del lector. Es necesario tener el espíritu limpio para poder presentar el mal sin mancharse y para conseguir que los demás lo abominen. Por eso en él se cumple el ideal de la novela católica o, más bien, del novelista católico.

Encarna el pecado, los pecados, en hombres que no son, en su mayor parte, mejores ni peores que los que existen en una pequeña burguesía provinciana. Casi todas las figuras centrales de sus novelas son católicos de esa medianía para los que la religión es más carga que liberación y contra esta especie de gente van dirigidos sus ataques y sus críticas.

Por sus obras desfilan todos los pecados, él no rehusa esta palabra que para muchos es sólo de catecismo. No sólo aquéllos que la mayor parte reconoce como tales, y que para enumerarlos alcanzan los dedos de la mano, sino que su visión es mucho más profunda y consigue hacer sentir todo el horror que deben inspirar muchos actos que a simple vista parecerían impecables y que cotidianamente se cometen impunemente siempre que se conserve la apariencia de la virtud. Y así nos muestra que la apariencia virtuosa no siempre corresponde a una virtud y que en algunos casos no es sino la máscara de algún vicio o pecado. Sus estudios llevan automáticamente al autoanálisis y al examen de la propia conciencia y por eso no creo que su lectura pueda ser recomendable a quienes se ven naturalmente inclinados a la introspección o acosados por los escrúpulos: puede agravárseles el mal, pero para los superficiales o los extravertidos puede conducirlos a un examen provechoso.

Pintar el hombre que ya por sí mismo se destaca de la generalidad es tarea relativamente sencilla, pero hacer un arquetipo de un hombre como todos los demás es ya tarea del gran escritor. Ese es uno de los méritos de François Mauriac. En cada uno de sus personajes está presente toda una infinidad de seres que poseen sus mismos defectos y sus mismas virtudes. En *Félicité Casenave (Genitrix)* encontramos a todas las madres que en un amor exacerbado son capaces de cometer el crimen sin perder el respeto de los demás; en *Elisabet Gormac (Destins)* la mujer sólo atenta al bienestar físico y que cumple rutinariamente las prácticas religiosas; en *Le mystère Frontenac* el drama del desmembramiento de una familia; en *Brigitte Pian (La Pharisiennne)* el fariseísmo y muchos más.

Pero como el hombre no es sólo "bestia" sino también "ángel" en cada uno se presenta la lucha entre el bien y el mal: el pecado original con todas sus consecuencias. A diferencia de otros escritores católicos, un Graham Green o un Coccioni, por ejemplo, Dios no es un ser trascen-

dente al cual en circunstancias especiales el hombre dirige sus miradas, amorosas o desafiantes, según las circunstancias, sino que el drama se plantea en la propia conciencia: Dios que llama y el hombre que se niega o se entrega, no sin lucha en la mayor parte de las veces. No siembre al final de cada novela vamos a hallar explícitamente indicado el triunfo del bien: eso sería falsear la realidad y el escritor —por más católico que sea y especialmente por eso— no debe mentir. Además, es una novela y no un tratado de moral o una fábula para niños.

Se le ha reprochado con bastante frecuencia que es amargo y de tono demasiado severo. Esto podrá ser en parte cierto. Al presentar la vida en su realidad cotidiana no es posible emplear el tono amable de un salón del siglo XVIII o de una novela epistolar para niñas de quince años. Al leer es imposible no percibir que aletea en todas sus obras tal Caridad hacia todos sus personajes que inmediatamente captamos que no estamos en una vida que termina aquí y cuando hay Esperanza no hay amargura.

Dentro de ese afán tan de moda, pero tan injusto de encasillar toda manifestación artística dentro de los rótulos de un clasificador podría incluirse la producción novelística de Mauriac bajo el nombre de psicológica. Pero hay psicología y psicología.

Es indudable que todo estudio más o menos profundo y ajustado de un hombre no debe olvidar lo psicológico, ya que la psiquis ocupa, dentro de sus elementos constitutivos, un lugar que no es de despreciar. Sus hombres actúan como casi todos los hombres y reaccionan como cualquier otro en circunstancias semejantes. Por momentos no los diferenciamos, pero basta una palabra, cuando no un gesto escasamente indicado, para que captemos de golpe todo el mundo interior que en ellos se encierra: sus inquietudes, sus móviles, sus goces íntimos y también sus remordimientos. En cambio el físico no cuenta y casi nunca nos sentiríamos tentados en buscarles una cara o un traje. Rehuye esa psicología simplista que hace dos bandos de la humanidad: los buenos y los malos, como cuando se les habla a los niños.

Como en todo hombre normalmente constituido, lo bueno y lo malo coexisten, predominando lo uno por momentos, y por momentos lo otro, según domine —no la herencia como en una novela naturalista— sino la recta razón o las inclinaciones no dirigidas.

En esta lucha entre el bien y el mal a corto plazo no siempre triunfa el bien, pero en aquellos que creen o tratan de creer que lo que hacen es meritorio (las mallas del tejido de santidad de Brigitte Pian llevan la cuenta) la Gracia en germen desde el bautismo actúa eficazmente. En algunos casos la palabra de un sacerdote —no siempre extraordina-

riamente inteligente— trae la paz. Esto es otro de los reproches formulados a Mauriac: ese afán de adoctrinar y de presentar un desenlace feliz por medio de un sacerdote. (Lettres Françaises, 1º julio, 1942, página 62 y siguientes).

Si en vez de un sacerdote hubiera elegido un médico psicoanalista estarían, seguramente, más satisfechos porque amparados en la ciencia, sus escrúpulos cientificistas se verían complacidos y sobre todo, más a la orden del día.

Generalmente toma el argumento —con una técnica novelística algo a la inglesa— ya bastante avanzado. Esto le permite una agilidad no siempre lograda en algunos novelistas coetáneos, quienes, aunque maestros en análisis psicológicos, han menester de más de un tomo para una sola obra. Tal el caso de Sthendal en sus principales novelas. A Mauriac le alcanzan en algunos casos hasta apenas algo más de un centenar de páginas, como en *Le Sagouin* o *Genitrix*, de muy fácil lectura porque su francés —no en vano es académico— es claro y correcto, pero más claro todavía para los familiarizados con la jerga del sur y con el “patois” gascón que en ciertos casos intercala en dichos y canciones lugareños y en el habla cotidiana de las gentecillas de baja condición.

Sin lugar a dudas, François Mauriac ha respondido plenamente a su vocación de escritor. Esta es la única forma de poder realizar bien y gozosamente una tarea. En esto es también ejemplar.